

De José Enrique Rodó. LA ESPERANZA EN LA NOCHEBUENA

Presencí, desde mi asiento del tren, una escena de despedida en que una mujer de cabellos blancos decía a una niña vestida de luto:

— *Ve, hija mía, que esta Nochebuena nos traerá la paz.*

El tren partió. Y aquellas palabras quedaron vibrando en mis oídos, extrañamente concertadas con el ruidoso alentar del monstruo de hierro, que me parecía repetir las, silabearlas y acordarlas a tonos distintos.

Luego pensé: La esperanza humana es como esas enredaderas a las que basta, para centro y sostén, el tenue rodrión de un hilo. Busca su eje ideal y lo encuentra en una levedad, en un soplo, en una sombra. Por eso persistirán eternamente las infinitas formas de la fe, de que no nos eximimos los incrédulos. Son los rodriónes de nuestras esperanzas.

La señora de los blancos cabellos anima en la hija o en la nieta la esperanza de la paz, porque la Nochebuena está cercana, y en esa Noche vino al mundo el enviado a poner amor y concordia entre las gentes, aquel cuyo nacimiento celebró el coro que oyeron los pastores: *¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!*

Señora: hace mil novecientos diez y seis años que esa voz propagó la buena nueva de una ley de caridad y de gracia. Si desde entonces ha habido gloria en el reino de Dios, lo sabrán los astros del cielo, que no quieren conversación con nosotros; pero de las cosas del mundo sabemos en esos mil novecientos diez y seis años, que suman unos cuantos centenares de miles de días, o sea no pocos millones de horas, y en estos millones de horas no ha pasado un minuto, uno sólo, en que el brazo del hombre no haya estado suspendido sobre el pecho del hombre; en que la sangre, el odio, la matanza, al Norte o al Sur, a Oriente o a Occidente, no hayan mantenido erguida sobre el mundo la sombra de Caín, eterna, inconjurable, soberana...

Guerra para resistir la ley del Dios de amor y guerra para difundirla; guerra para imponerla en climas remotos, para resguardarla del error, para interpretar una palabra suya; guerra entre príncipes que se celan, entre pueblos que se aborrecen, entre clases que se incomodan, y lo que es más triste todavía, guerra entre gentes que ni se incomodan, ni se aborrecen, ni se celan.

¿Qué será, señora? ¿Será que no se explicó, o que no le entendieron? ¿Será que profetizaba cuando dijo que «no traía la paz sino la espada»? ¿O será más bien que hay en el fondo de la naturaleza humana una hez tan áspera y acerba que ni aún la sangre de Dios es miel suficiente para suavizarla?

A través de esa ciénaga de sangre, cerca de dos mil veces ha vuelto a aparecer la Nochebuena, indiferentemente atravesada por los fuegos del sempiterno fratricidio; y es seguro que otras tantas veces, infinitas almas, heridas de aflicción y de angustia, pusieron su esperanza en la noche que les hablaba de la ley de amor y perdón, y soñaron que al paso de la estrella de Belén, el iris tendería su arco y la mancha que enrojecía la tierra se evaporaría. Y la estrella de Belén ha pasado, y la mancha roja ha permanecido indeleble. ¿Cómo hemos de esperar, señora, que esta Nochebuena traiga al mundo la paz, si no es la paz imperturbable y eterna para los que, en esa noche, como en éstas que la preceden, caerán con la cabeza rota por las balas, o helada la sangre por el frío de la altura?...

... Pero todo este razonar se viene al suelo, apenas hago llegar hasta él el soplo de una reflexión más honda, y reconozco la incongruencia de mi análisis.

Quien está en lo cierto, del punto de vista de la Vida, es usted, señora, y no yo. Yo tengo la lógica, que no es más que la verdad paralizante, pero en usted habla el instinto vital de la esperanza, madre de toda energía, y al cabo, de toda verdad. De espejismos aún más vanos que el que yo denuncié en la ingenua confianza de usted, está compuesto el fondo de nuestra historia, y merced a ellos nos movemos, respiramos y



vivimos. La experiencia secular demostrará que la Nochebuena no tiene virtud para traer la paz al mundo, pero una experiencia más firme todavía, porque empieza con el primer sabor de amargura que probaron los labios de Adán, demuestra que toda humana vida remata en la decepción y en el dolor, que todos los bienes de la tierra son o ilusorio: o efímeros; y, sin embargo, los soñamos, les concedemos nuestra fe, y corremos desesperadamente tras ellos. Cada generación que se va, deja, como la espuma en la playa, la confesión de su desengaño, y cada generación que viene contesta, con terquedad impenitente y sublime, entonando el himno de la alegría y de la acción. Así se realiza el oculto plan a que servimos, así se mantiene el sortilegio del mundo. Sin estas inconsecuencias de la Vida, sin estas rebeliones del instinto, nuestra lógica concluiría por secar las fuentes de la voluntad; nuestra razón sembraría desal la tierra que nos da el pan y el vino.

La paz no vendrá esta Nochebuena; vendrá una noche o un día que serán buenos por obra de la fuerza fatal, o bien del tino guerrero; y tras la paz sobrevendrá probablemente la guerra, y luego otra guerra y otra paz, y en este ritmo se sucederán las Noches Buenas, tan indiferentes como las otras a las disputas de los hombres, pero habrá siempre, — y debe haber, — señoras de cabellos blancos, creyentes y confiadas, que digan a la niña llorosa que tiembla por el padre, por el hermano o por el novio:

— *Ve, hija mía, que esta Nochebuena nos traerá la paz.*

José Enrique Rodó